

ARTÍCULO DE RAFAEL NIETO, PUBLICADO EN *El Universal* (MÉXICO, D.F., MARZO 7 DE 1925)

LA AMÉRICA LATINA EN LA LIGA DE NACIONES

Si en el próximo futuro va a prevalecer dentro de la Sociedad de Naciones la voluntad de los países fuertes, la Sociedad de Naciones perecerá. Si por el contrario se acrecienta, dentro de las actividades internacionales de Ginebra, la influencia de los países pequeños, el vigor de la Sociedad de Naciones se desarrollará en proporción.

He visto confirmada esta opinión por gran número de simpatizadores de la Liga. Quienes siguen con ansioso interés las vicisitudes que en Ginebra va sufriendo la aplicación práctica de los principios internacionalistas —soberanía coordinada, libertad recíproca, responsabilidad ilimitada— temen el salto atrás que significa toda imposición de los fuertes, y se regocijan del avance que entraña toda resistencia fructuosa de los débiles.

El daño que han hecho a la Liga de Naciones los escandalosos casos de Corfú y de Egipto por ejemplo, ha sido un daño notorio y conspicuo, pero quizá la misma extensión de su publicidad y la enérgica reprobación que encontraron en todos los países, han neutralizado en parte sus efectos perniciosos. Hay, sin embargo, un daño menos visible, pero más persistente, y de seguro más enconado, que sufre la Liga en casi todos sus consejos y asambleas. Consiste en que un pequeño núcleo de privilegiados, representantes de los países fuertes, deliberen secretamente *inter se*, tomen acuerdos y dicten resoluciones con absoluta ignorancia de los representantes no privilegiados; y que luego, en sesiones públicas, se imponga su criterio sobre la pasividad interesada o resignada de las delegaciones que no representan potencias militares. Esto es un mayor daño para la implantación del arbitraje y la conciliación y para el desarrollo del derecho internacional, que algunos alharaquientos casos de imperialismo bélico.

Claro que los países pequeños, no por serlo tienen siempre razón. Tampoco son capaces en ocasiones de sustraerse a una política de gravitación utilitarista en torno de las potencias. Tampoco cuentan de ordinario con delegados capaces de colocarse a la altura de la misión histórica. Pero por su propia condición de inferioridad guerrera, su psicología reacciona en plano distinto que la psicología de los grandes, y no ven como éstos en la Liga una organización internacional donde aprueban unos lo que los otros dictan; su interés en la cooperación internacional es más agudo, o más claro al menos que el interés de los poderosos; y muy a menudo surge entre ellos

una espontánea solidaridad en la resistencia contra las frecuentes concupiscencias de los fuertes.

La acción dentro de la Liga de algunos países pequeños —neutrales en la guerra, es decir, sin frescos resabios de injusticia y violencia— ha sido de considerable importancia. Suecia, Suiza, Noruega, Holanda, etc., han constituido en la Liga un factor de ponderación y equilibrio; dijérase que su actuación en Ginebra ha sido de ordinario el indispensable refrigerante en una cargada atmósfera internacional. Desafortunadamente otros países pequeños de Europa sin la independencia de los antes citados, han defraudado muchas esperanzas al precipitarse en las esferas de influencia de Inglaterra o de Francia, y obedecer sus dictados. Cuando su voz ha tenido inusitadas resonancias, no ha sido por la galardía de su actitud internacional, sino por el valer personal de sus representantes: *Benes, Politis*.

De los países de fuera de Europa que no son potencias militares, son los de América los que persistentemente han venido acrecentando en Ginebra la importancia de su acción. En la joven América Latina se siente palpitar un alto espíritu de idealismo internacionalista ajeno a los prejuicios raciales y a los rencores políticos de Europa. En la América Latina —y esto puede ser una partida de descargo en el débito de nuestras revoluciones— no conocemos el patriotismo exhaltado de Europa, que significa agresividad y odio contra los otros pueblos. Hemos estado tan ocupados en las revoluciones internas, que no hemos tenido tiempo de reñir internacionalmente. Y esto nos ha conservado inmunes al virus del jingoísmo patrioter.

Como consecuencia, en la América del Sur (Argentina) pudieron surgir y cristalizar estos tres principios, incorporados ya al Derecho Internacional tácito de la América Latina: “La conquista no crea derechos territoriales”; “Las deudas internacionales no pueden ser cobradas por la fuerza”; “La América no es sólo para los americanos; la América es para la humanidad.” No es pues extraño que con antecedentes tales, las representaciones de la América Latina en Ginebra, pudieran estar en condiciones de desempeñar un papel preponderante en la defensa de los más altos ideales internacionalistas. Desafortunadamente la acción de la América Latina en Ginebra ha adolecido de inconsistencia, de vacilación, de miopía histórica y política. Y aunque en la Sociedad de Naciones cada día se toma más en cuenta a los países de la América Latina, es más porque sus delegaciones aporten luces y entusiasmos, o muestren pugnacidad en la defensa de las nobles causas internacionales; porque veinte votos pesan mucho en una votación de cincuenta y cinco.



Existen varias causas de que habiendo en la América Latina materia prima de altos propósitos internaciona- listas, no se haya exteriorizado en forma consistente y vigorosa dentro de la Sociedad de Naciones. La principal causa estriba en el divorcio entre sus delegaciones y sus ideales de justicia internacional. Lejos de mí la idea de menoscabar el valor intrínseco, intelectual y moral, de los representantes latinoamericanos ante la Sociedad de Naciones; pero fundamentalmente y con raras excepciones, los delegados de la América pertenecen a una escuela sociológica que no tiene fe en la organización política internacional; sus adherencias partidaristas, sus intereses materiales, sus inclinaciones intelectuales y mentales, les clasifican en la extrema derecha de la política nacional e internacional; y las derechas políticas del presente —lo sabemos por amargas experiencias— están absolutamente incapacitadas para hacer un éxito de la Liga de Naciones. La cooperación y la solidaridad internacionales tienen que ser obra de quienes están convencidos del fracaso del presente sistema de organización social, y de quienes sienten que los grandes males no pueden curarse sino con grandes remedios. Es decir, el éxito de la Sociedad de Naciones sólo puede ser obra de las izquierdas internacionales, muy lejos, ideológicamente, de las representaciones de América en Ginebra.

Posiblemente ahondando más en la cuestión de las delegaciones de América, se llega a otro más hondo origen: el de los propios gobiernos latinoamericanos en gran proporción conservadores o reaccionarios, aunque ya por fortuna en divorcio creciente con la joven América integrada por una nueva generación intelectual que estudia y piensa, y una ya vigorosa organización que siente y obra.

Pero sin ir tan lejos, podría señalarse el inconveniente serio de que los diplomáticos latinoamericanos acreditados ante los centros directores de la política europea, integran las delegaciones de América ante la Sociedad de Naciones. El diplomático latinoamericano que desempeña su misión principal ante Downing Street, el Quai D'Orsay, El Quirinal, o Willhemstrasse, no va ya a Ginebra con la mente limpia de prejuicios; posiblemente en algún oscuro rincón de su subconsciente político, se enrosca algún compromiso tácito, algún recóndito impulso utilitarista, que se endereza hacia el éxito de su misión principal en Roma, Berlín, Londres o París. Es esto humano, profundamente humano. ¿No es acaso en Ginebra *rara avis* una discrepancia de opinión entre una representación latinoamericana y la delegación de la potencia, asiento de su misión diplomática?

Luego, aparece el inconveniente general a los representantes de todos los países, de que las asambleas y los Consejos de la Liga, estén integrados por diplomáticos profesionales. La diplomacia es en estos tiempos la institución política más arcaica; la integra una casta privi-

legiada y aristocrática profundamente enraizada en la tradición. Los diplomáticos profesionales pueden hacer obra muy hábil de regateo político, de artificio legal, o de astucia internacional, pero su escepticismo sociológico les incapacita para hacer obra de renovación y reforma social. Es común el caso en estos tiempos de que, cuando un diplomático italiano, inglés o francés, regresa a su país tras de alguna de las conferencias internacionales que periódicamente brotan como hongos malsanos nutridos en el terreno de una paz absurda, la gran prensa conservadora nacional les elogie en relación con las ventajas obtenidas en detrimento y a costa de los otros países. (Léase como ejemplo la gran prensa de Londres al regreso de París de Mr. Churchill tras la conferencia de enero sobre el reparto de las Reparaciones alemanas.) En México se diría con una expresión popular gráfica, que el deber de uno de esos diplomáticos en relación a sus colegas extranjeros es "tantearlos" (aproximadamente *duper* en francés; *to cheat* en inglés). Y claro que con ese criterio internacional político, inherente a la vieja diplomacia y aplaudido cálidamente por la gran prensa conservadora, no puede constituirse una eficiente y viable Sociedad de Naciones.

Ahora bien, los diplomáticos latinoamericanos, aunque generalmente son considerados *arrivistas* (parvenus) y vistos con cierto desdén por sus colegas europeos —flor y nata de la clase privilegiada, exclusivista y aristocrática— no se sienten de ordinario satisfechos de su extracción democrática; sino que, con raras excepciones, hincan su afán en escalar los más cerrados círculos de la tradición política y del aristocratismo social. Cuando lo logran, se colocan, con la mayor naturalidad, en la extrema derecha de las derechas conservadoras y reaccionarias. Y claro que el escepticismo estático de su mentalidad política se acrecienta, y les aleja más y más del entusiasmo radical renovador, único capaz de forjar en Ginebra un nuevo Derecho Internacional cooperativo.

Los defensores europeos de la Sociedad de Naciones conceden, como es natural, una gran importancia a la actitud de los Estados Unidos, y quieren cuanto antes su ingreso a la Liga. Hay en esto un error de apreciación. Me atrevería a afirmar, aunque esto parezca de mi parte vanidad nacional, que por ahora sería más provechoso a la Sociedad de Naciones el ingreso de México que el de los Estados Unidos.

En efecto, mientras la gran potencia americana tenga un gobierno de extrema derecha como el que tiene, su acción dentro de la Liga no favorecería la igualdad y la cooperación internacionales, como no las ha favorecido en la Unión y en los Congresos Panamericanos. Los que han seguido de cerca el panamericanismo, saben perfectamente que si no fuera por la situación de privilegio que han asumido los Estados Unidos y porque prácticamente los representantes de Washington han bloqueado en los congresos interamericanos toda proposición avanzada, ten-



dríamos ya en América una Corte Internacional de Justicia con un sistema de arbitraje obligatorio.

Los Estados Unidos dentro de la Liga, vendrían a accentuar la política antiliguista implantada por el gabinete Baldwin; palabras dulces y halagüeñas para la Sociedad de Naciones, mientras sus actos hacia Egipto, hacia el protocolo, hacia el registro del Tratado Irlandés, hacia la convención de las ocho horas, etc., son atentados contra la salud y la vida de la Liga de Naciones. ¿Están los Estados Unidos preparados para revertir su política imperialista en Haití, en Santo Domingo, en Centroamérica, en Filipinas, como demostración de su aptitud para abolir la contradicción entre sus actos y sus palabras, y llegar a la cooperación internacional sobre una estricta base de igualdad?

Dice el senador Borah, actual presidente del Comité de Relaciones Exteriores en el Senado americano: "Si cada vez que un incidente grande o pequeño ocurre, las naciones poderosas acuden a la violencia y a la fuerza, no puede haber paz. Nicaragua, Veracruz, Santo Domingo, Ariztar, el Ruhr, Corfú, Egipto... todos son casos de aplicación de la violencia y la fuerza de parte de las naciones grandes y poderosas contra las desamparadas y desarmadas... Confinamos nuestro amor a la paz al papel; nuestro espíritu guerrero encuentra expresión en los hechos. Profesamos la tolerancia y practicamos la intolerancia. Profesamos la amistad y practicamos la venganza". Y un publicista americano al comentar las anteriores palabras, expresa: "Los Estados Unidos podrían hacer más por la paz del mundo desocupando Haití y ofreciendo a esa desventurada República reparaciones por nuestros crímenes cometidos allí, que adhiriéndose a la Corte de Justicia de la Haya". Argumentaciones tales apoyan mi contención de que el imperialismo de los Estados Unidos, mientras sea lo que es, no puede aspirar a ser líder dentro de la Sociedad de Naciones. Su acción perjudicaría más dentro que fuera, al desarrollo de la cooperación internacional.

En cuanto a México, su situación política internacional es distinta de la de otros países de América. Las duras pruebas a que en los últimos diez años ha sido sometida la independencia de la política internacional de México, no han hecho más que robustecerla. Posiblemente no existe otro país, que sin ser potencia militar, esté como México en condiciones de seguir una política internacional enteramente ajena a compromisos políticos. Tras una pugna de varios años en que el imperialismo de los Estados Unidos trató en vano y por todos los medios de hacer

reformular las leyes revolucionarias y constitucionales de México, se ha reafirmado su soberanía al reanudar sus relaciones diplomáticas con todas las potencias (a excepción de Inglaterra) sin que haya dejado de darse gobiernos izquierdistas, y sin haber cesado un ápice en la aplicación de sus reformas sociales.

La enérgica y firme actitud internacional de México, ha tenido resonancia en el resto de la América Latina. Su prestigio, principalmente entre la ávida juventud universitaria del sur, es intenso y sólido. En Ginebra, el *role* que históricamente correspondía a España como abanderada del mundo latino de la América, y que el conformismo estático de Madrid no ha podido asumir, sería con facilidad seguido por México. Y en Ginebra, México cooperaría eficazmente con su independencia política a la salud del organismo internacional, que necesita apremiosamente que en su seno se digan y se defiendan las verdades.

El *Journal de Genève* decía no ha mucho: "En el curso de estos conflictos México ha dado por lo menos pruebas de su altivez y de su energía... México ocupa un lugar aparte en la América Latina. No es un país como los otros, es un país fronterizo y monta la guardia en los confines de la raza anglosajona. Es por eso que la Sociedad de Naciones no parecerá completa al mundo español, antes de que de ella forme parte México". Esta verdad se exteriorizó en la invitación que para ingresar a la Liga dirigieron a México los representantes latinoamericanos al celebrarse la cuarta asamblea y en las palabras del delegado chileno señor Edwards: "Para las naciones de la América Latina, miembros de la Sociedad, el concurso de la República hermana (México) sería infinitamente precioso".

Y es que México trae también en su bagaje espiritual internacional, una doctrina no unilateral como la Doctrina Monroe, y mucho más alta que la Doctrina Drago. Es la doctrina que enunció el presidente Carranza, que han adoptado los gobiernos posteriores de México, y que se impone sin dificultad a la nueva generación latinoamericana. Dice así: "Reinará sobre la tierra la verdadera justicia, cuando cada hombre en cualquier punto que pise del planeta se encuentre dentro de su propia nacionalidad". ¿Se explica pues la influencia saludable que en la Sociedad de Naciones puede desarrollar la América Latina y la importancia que la acción de México pudiera asumir dentro de las representaciones de América?

RAFAEL NIETO

